

Reviviendo el pasado

James Lockhart

Olivier Zunz (Editor), *Reliving the Past. The Worlds of Social History*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1985, 334 pp.

El objetivo principal del presente conjunto de capítulos, escritos por cinco investigadores que estudian macro-regiones culturales y geográficas diferentes, es presentar una visión de conjunto, en el nivel mundial, del movimiento de la historia social, tan prominente en los escritos recientes, y hacer, si es posible, recomendaciones para darle coherencia y orientación. En el corazón del volumen se encuentra el capítulo del sociólogo e historiador Charles Tilly acerca de los estudios sobre Europa, que desarrolla más que los otros autores los problemas metodológicos fundamentales, pero que además hace una prescripción general según la cual la misión de los historiadores sociales es atar las tendencias y realidades recién descubiertas al ascenso del capitalismo y del estado-nación. La idea básica del volumen parece ser que los demás colaboradores sigan este programa (en mi opinión desencaminado) como marco para la discusión de la producción académica en sus respectivas áreas. Algunos colaboradores, sin embargo, se resisten a este esquema con fuerza y éxito. El africanista David Cohen afirma

correctamente que la historia social no ha sido una empresa separada en los estudios históricos africanos, y presenta (como es debido) las tendencias generales en ese campo, mostrándose insatisfecho con la imposición de una cantidad excesiva de conceptos europeos. El norteamericanista Olivier Zunz también sigue en buena medida su propio camino y afirma muy correctamente que los historiadores hoy en día deberían liberarse de las teorías de otras disciplinas y comenzar a generar las suyas propias. Para mí lo mejor del libro es el capítulo sobre la historia china moderna de William Rowe, quien no cree que la historia social sea una empresa separada, se complace mostrando el debilitamiento, que no fortalecimiento, progresivo del estado en China, ataca cortésmente pero sin merced las ideas europeas que se han lanzado sobre China, desde la "modernización" hasta la "civilización hidráulica" y las comunidades corporadas cerradas de Eric Wolf —que aparentemente no tienen más realidad en China de la que llegaron a tener en América Latina—, y concluye negando lo apropiado de utilizar al capitalismo como marco analítico.

De mayor interés temático para nosotros es la contribución latinoamericanista, "Between Global Process and Local Knowledge: An Inquiry into Early Latin Ame-

rican Social History, 1500-1900" (Entre proceso global y conocimiento local: Una indagación sobre la historia social de la América Latina temprana) de William Taylor. Taylor procede de modo muy diferente que los demás colaboradores. Prefiere no estudiar el campo en su conjunto, en lugar de lo cual se concentra en el programa de Tilly sobre el capitalismo y el estado. Buena parte del ensayo de Taylor está dedicado a criticar una vez más a la escuela dependencista y a promover una mayor atención sobre el papel del estado y de las instituciones formales, lo cual lo conduce a una prolongada presentación de sus actuales proyectos de investigación sobre curas parroquiales y religión popular. Estoy encantado de ver a los dependencistas recibir lo que merecen y estoy igualmente contento de saber de la prometedora investigación en proceso de un estudioso cuya obra he admirado desde hace mucho (aunque es desconcertante ver a un campo desarrollado y sofisticado, la colonia, amontonado junto con un campo descuidado, en sus inicios, el siglo XIX).

El problema es que el lector del libro entero se queda con la impresión de que se ha hecho muy poca historia social sobre la América Latina temprana y de que, a juzgar por unos comentarios de Taylor, lo que se ha hecho es fundamentalmente descriptivo

y no está conectado con las cuestiones más generales. En realidad, variedades de la historia social han sido dominantes en la producción académica internacional sobre América Latina colonial en los últimos veinte años, y estos estudios han arrojado luz sobre muchas cuestiones amplias y de larga duración (por ejemplo, la cuestión de la depresión del siglo XVII), incluyendo asuntos políticos (por ejemplo, la legislación de la encomienda, la sustancia de la política en el siglo XVI). Si estos trabajos son descriptivos, esa palabra se ha vuelto poco más que una etiqueta puesta sobre un trabajo cuyo significado uno no está preparado para conceder.

Para caracterizar la línea fundamental del trabajo realizado sobre la historia social de la América Latina temprana se requiere una breve discusión de método. En su conjunto, el volumen de Zunz descuida drásticamente la metodología y las fuentes, sin lo cual resultan incomprensibles las diferencias entre los campos regionales. En su mayor parte, los autores dan por supuesto un conocimiento de la naturaleza de sus fuentes particulares. Como se mencionó más arriba, el único colaborador que tiene algo que decir sobre el método es Tilly. Acertó al señalar que los conocimientos que una investigación académica dada puede aportar son función de que tantos casos fueron examinados con qué tanto detalle. La mayor utilidad se da con muchos casos vistos de manera muy detallada, lo cual implica también la mayor dificultad. Tilly no aclara que la historia europea se ha concentrado en retratos descarnados de casos individuales y en esqueléticos agregados estadísticos de numerosos casos, adoptando rara vez el procedimiento de estudiar un nú-

mero moderado de casos de la manera más detallada posible. Por razones que sin duda tienen más que ver con la naturaleza de las fuentes que otra cosa, los historiadores recientes de la América Latina temprana han hecho precisamente lo que los europeístas no han hecho: estudiar la historia de los patrones de carreras individuales y la historia pormenorizada de las instituciones, cambiando las categorías mismas de análisis, reconstruyendo procesos insospechados y contradiciendo las declaraciones de los funcionarios de la época y de las partes interesadas.

Un trabajo de este tipo es lo opuesto de lo descriptivo en el sentido de agregado mecánico de las partes de un conjunto fácilmente visible; no sólo cambia la imagen general de América Latina, ofreciendo resultados tan inherentemente generalizables como, por ejemplo, la investigación lingüística, sino que además aporta un modelo no realizado plenamente en otros campos, y que los historiadores de Europa bien podrían (y deberían) seguir, a pesar de que las fuentes no lleven en esa dirección de manera tan clara como la documentación de la América española.

Taylor acierta al decir que la historia social latinoamericana no fue un subproducto de la historia social europea, pero no tiene toda la razón cuando concluye que aquélla debería seguir el camino de ésta. Las historias europea, norteamericana y latinoamericana convergieron en algo reconocible como "historia social" hacia el mismo momento, en primer lugar porque comenzaron como empresas plenamente profesionales al mismo tiempo y trabajaron gradualmente documentos que, aunque variaban mucho, se ubicaban dentro de una misma tradi-

ción amplia. Cada campo es en cierto modo autónomo: cada uno debe ser estudiado por los demás en busca de claridad, pero ninguno debería subordinarse a otro. Una cosa que se deriva del presente volumen es la peculiar desventaja de la historia norteamericana, practicada casi exclusivamente por nativos que, de una u otra forma, están todos envueltos en el sueño americano. La historia europea tiene más perspectiva, realizada por muchos nacionales sobre muchas naciones, aunque con todo principalmente por europeos. La historia latinoamericana tiene la ventaja de ser escrita por un conjunto verdaderamente equilibrado de habitantes de los tres continentes.

A final de cuentas, mi respuesta a las prescripciones del volumen a los historiadores sociales es que la categoría de historia social ha dejado de ser generalmente válida. En algunos subcampos, el término todavía tiene mucho significado en el nivel del uso conversacional. Así, en la historia de la América Latina temprana, significa específicamente un trabajo que delinea retratos de individuos y organizaciones reales (un género totalmente olvidado en el capítulo de Taylor), y se contraponen a la demografía; pero el significado del término varía entre uno y otro campo. La designación se justificaba originalmente por la insatisfacción generalizada ante la historia política/administrativa/elitista/militar/diplomática que adoptó la forma de una urgente sensación de que más gente, de hecho toda la población, debería ser estudiada. Mucho más importante, sin embargo, era la necesidad de superar la celebración de los acontecimientos en cuanto tales y la aceptación de las racionalizaciones conscientes que se

hacen los actores sobre sus propias acciones. La búsqueda de una verdad más profunda ha conducido a los investigadores hacia muchas direcciones, indagando en todas las preocupaciones de las humanidades y de las ciencias sociales con profundidad temporal. Tratar de hacer prescripciones a

esta marejada es una ilusión. El que los historiadores verdaderos o analíticos deban en algún momento tratar de articular el significado más amplio de su trabajo, es algo no sólo necesario sino inevitable, y que está comenzando a suceder. Pero continuar el proceso en el marco de lugares comu-

nes del siglo XIX, como los de "estado-nación" y "capitalismo", no es factible ni deseable.

Traducción de Rodrigo Martínez, revisada por el autor. Tomado de: *Hispanic American Historical Review*, vol. 67, núm. 3, agosto de 1987.

Melchor Ocampo: reformador

Marta Terán

Obras completas de don Melchor Ocampo, 5 v., edición, relación de textos, prólogo y notas de Raúl Arreola Cortés, Morelia, Comité Editorial del Gobierno de Michoacán, 1985.

En los primeros años de nuestro siglo el periodista Angel Pola, auxiliado por su colega Aurelio J. Venegas y el editor F. Vázquez, dirigió la publicación de una colección de libros titulada *La Biblioteca Reformista*, cuyo interés era la difusión del pensamiento liberal que más profundamente influyó a la sociedad del siglo XIX. Tres de ellos dieron a conocer las *Obras completas* de don Melchor Ocampo.¹

Para hacerlo Angel Pola reunió una cantidad enorme de documentos firmados por, o atribuidos a Ocampo. Realizó una profunda investigación sobre la vida de Ocampo que incluyó entrevistas a sobrevivientes de la Reforma y a personas de opinión calificada allegadas a ellos de alto valor testimonial. La pasión y el oficio de Pola quedaron plasmados en

un relato de los lugares donde transcurrió la mayor parte de la vida de Ocampo: el valle de Maravatío, su hacienda de Pateo, la naturaleza domada, los pueblos que conoció y las gentes que lo vieron. En el lugar de los hechos Pola reconstruyó los últimos diálogos, las preocupaciones finales y los últimos momentos de la vida de Ocampo, desde que fue hecho prisionero en su hacienda por los enemigos de la Reforma, hasta su llegada a Tepeji del Río, donde fue sacrificado del modo más vil. Este relato de lo ocurrido hacía menos de cincuenta años atrás cerró su edición de las *Obras completas* en tres libros que incluían los escritos más importantes, otros menos conocidos y parte de la correspondencia epistolar del reformador.

La edición de 1901-1903 fue por muchos años la vía de acceso más completa al pensamiento y obra de Melchor Ocampo, hasta que tres cuartos de siglo después, en 1978, la obra mencionada se reeditó en otro formato y se le añadió una nueva introducción preparada por Elí de Gortari. Este fue el único cambio; la edición

de 1978 respetó el mismo cuerpo de textos y orden dispuesto por Angel Pola.² Sin embargo, mucho tiempo antes de que se publicara, historiadores e interesados en el pensamiento de Ocampo habían hecho importantes apreciaciones sobre los inconvenientes que la edición de Pola contenía. En primer lugar, que una buena cantidad de textos atribuidos a Ocampo no eran suyos: el origen del error había sido una equivocación en las siglas. Donde Pola encontró las iniciales *M.O.* creyó que ellas eran de Melchor Ocampo, cuando algunas pertenecían a Mariano Otero. No sabía que cuando Ocampo firmaba con sus iniciales para evitar la confusión utilizaba: *O (M)*. En segundo lugar, la ausencia de referencias a las fuentes de los documentos impedía su posible cotejo, o bien dar respuesta a las personas interesadas en el contexto documental, es decir, en la colección de la que podía formar parte. Por fortuna, en 1954 José C. Valadéz logró remediar parcialmente este problema al indicar lo más precisamente que pudo, en su libro sobre Melchor Ocampo, las refe-